

Año XLV.

Madrid, Sábado 3 de Octubre de 1925.

Número 40.

## DE JUEVES A JUEVES

Según parte oficial dado el viernes 25, en la operación llevada a cabo el día 23 en Alhucemas tuvimos seis oficiales y setenta muertos de tropa, y 16 oficiales y 500 de tropa heridos.

En partes anteriores, al dar cuenta de que durante la operación los cañones rebeldes habían disparado contra nuestros buques, se dijo que «las bajas de la marina carecen de importancia».

\*\*\*

Algunos periódicos esperaban que el día de San Miguel, 29 de Septiembre, entráramos en Axdir, siguiendo así la afortunada tradición de ese día en nuestra guerra; porque en un día de San Miguel se tomó el Gurugú y en otro se entró en Xauen.

No se ha entrado y no nos pese. No nos importe que se rompa en Marruecos el ritmo de los aniversarios de San Miguel y de Santiago apóstol.

\*\*\*

Pero victoria, la que hemos obtenido en Austria. El gran turco no fué radié a nuestro lado. Soliman se quedó a las puertas de Viena. Nosotros hemos pasado la portería. A Soliman le faltó un Cubells que chutara.

Esta es la síntesis del entusiasmo desbordante que había en España el domingo, y que aún dura; y de la prosa también desbordante que chorreaban los periódicos del lunes y el martes relatando la hazaña cox por cox.

Me han contado que estacionada ante un bar de la Puerta del Sol, en que una pizarra comunica los resultados del fútbol, había tal cantidad de gente, que hacía imposible el tránsito. Y con forme cada oleada iba enterándose del glorioso uno a cero, prorumpía en aplausos y vítores.

Hombres y periódicos que renegaban y renegaban de los toros porque son el atraso, se entusiasman hoy con el fútbol y el boxeo. Dicen que eso es «Europa», con toda la pedantería que en estos tiempos se suele poner al nombrar este continente.

Lo será, lo será. Pero también es Europa el esfuerzo increíble de Inglaterra por nivelar su hacienda y poner su libra a 37 después de la guerra; y el alto ejemplo de civilismo de Dinamarca suprimiendo instituciones militares; y la oposición a Mussolini en

Italia; y la obligada dimisión de Lyanrey después del alzamiento en la zona francesa de Marruecos.

Todo, todo junto es Europa. Darnosla de personaje con el fútbol sólo, es padecer la ilusión de los centros fríos cuando suponen ir tan elegantes y respetables, tan europeos, llevando por todo atuendo unas botas, un sombrero horgo y un bastón.

### LA CUESTION RELIGIOSA

## La moda en el templo

Arte de la trivialidad y arte de la severidad. El pecado más grave del régimen eclesiástico imperante.—Obra de la ineptitud educativa

Antes de estudiar el Código penal con relación a la religión, creo oportuno dar mi modesta opinión en este tema, que está apasionando los ánimos desde que las autoridades eclesiásticas han tomado ciertas medidas para cohibir en el templo la demasiada ligereza del vestido.

Dire, como siempre, lo que entiendo lealmente, aunque respetando las opiniones contrarias.

Este importante tema, debe desenvolverse en torno de dos tesis fundamentales.

Primera tesis. El templo de Dios es lugar de adoración al Supremo Hacedor. La adoración es un rendimiento del hombre, de su casi nada, ante el Ser absoluto. Como el hombre exterior es hijo del hombre interior, toda actitud externa en el traje, en la compostura, en la conducta, que desdiga de esa actitud de rendimiento y casi de anonadamiento ante la majestad soberana de Dios, es impropia del templo cristiano. Saco, cilicio y ceniza debieran ser, si posible fuera, los únicos arreos del hombre en el acto de adoración de su Dios.

Segunda tesis. La mujer es una dulce esclava de la belleza y del arte. Su especialidad sexual le comunica un instinto natural de variación atractiva contra los apetitos poligámicos del hombre. No se puede menospreciar ni olvidar estos caracteres femeninos en la solución de ningún problema de la mujer.

Aquí nos vamos a encontrar con lo de siempre: con la enorme deficiencia del régimen eclesiástico imperante para educar el alma cristiana.

Yo entiendo que el traje con que se asista al templo debe ser modesto y severo; con todo el arte, con toda la distinción de que es susceptible la modestia y la severidad, en consonancia con los predichos caracteres femeninos; no haréis poner nunca a la mujer nada que no sea artístico y bello; y concibo arte más exquisito y más emotivo en las líneas solemnes y espirituales de la severidad que en las líneas ruidosas de la frivolidad.

Arreos tiene la mujer para diversos menesteres de la vida: salidas de cama, salidas de teatro, traje de calle, traje de fiestas mundanas, traje de mañana, traje de tarde... Sólo su carencia de espíritu cristiano y su torcida educación sexual y espiritual, por su entrega en brazos de los funestos educadores del régimen eclesiástico imperante, ha podido hacer que carezca de traje propio de iglesia, a la cual concede nuestra mujer, apesar de sus aparatosos alardes de clericalismo, la mínima importancia, pues que a la iglesia lo mismo le da acudir en traje de casa que en traje de calle, en traje de mañana que en traje de tarde, que como vaya, sin preferencia ni selección ninguna.

Es el pecado más grande que debe purgar nuestro régimen eclesiástico imperante: que nuestras adoradas mujeres, la luz de nuestros ojos, la delicia más inefable de nuestro corazón, hayan venido a perder la espiritualidad y sensibilidad artística y la exquisitez sexual, bajo la piqueta demoleadora de una doctrina moral y ascética extraviada.

Vosotras, mujercitas nuestras, tesoros de nuestra vida, creednos, por Dios, algo más a nosotros que a los padres, que no saben otra cosa para haceros aprender el arte supremo y la belleza arrobadora de la modestia y severidad en el templo, que poner a unos curas a las puertas de las iglesias para que impidan la entrada a las que ya, hastiadas de tanta aberración doctrinal y educativa, son víctimas suyas del escepticismo religioso y artístico.

No lo dudéis, repito: tanto como vuestra esplendidez femenina y vuestras golas y culencias mundanas, en la sociedad y en la familia, nos atrae y nos cautiva vuestra majestad solemne, sin encogimiento ni mojigaterías, en el templo santo de Dios.

Vastísimo es el tema; pero he de acabar, y no puedo dedicarle más de un artículo.

¿No alardeáis, defensores empedernidos?



nidos del régimen eclesiástico imperante, de que la mujer es vuestra, de que la domináis y lleváis á vuestro antojo?

Ahí tenéis la obra de vuestra ineptitud educativa. Con todas vuestras amenazas del infierno y con todos los trenos de vuestras jeremiáticas lamentaciones, no habéis podido conseguir siquiera que la mujer se decore con arte propio y digno para asistir al templo de Dios. Ahí tenéis la prueba más palmaria de nuestra eterna tesis: no sólo el espíritu cristiano desaparece de España, sino aun el sentido artístico y la exquisitez espiritual, bajo la acción de vuestra piqueta demoleadora.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De *El Liberal* de Madrid.)

## Prueba decisiva

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Don Nicomedes era un viejo sin páptico. Joven de corazón, fresco de inteligencia, hula instintivamente de los hombres rancios y tenía por amigos mozos inteligentes, con quienes de partía, siempre con criterio avanzado y liberal, sobre todos los problemas divinos y humanos.

Símbamos que no era católico ni pertenecía á otra religión alguna conocida; pero no habíamos podido sacarle sobre el problema religioso su última palabra. Se refa de igual modo de católicos y protestantes, que de budistas, israelitas y mahometanos. Combatía indistintamente todos los dogmas, pero no era un escéptico; tenía fe en la vida, en el porvenir de la humanidad; amaba lo bueno y lo bello, se exaltaba ante los prodigios de la naturaleza; nos parecía á veces panteísta y otras materialista puro.

Nos bastaba para estimarle saber que no era un dogmático, sino un hombre en que la razón había aboga do la fe y que estaba, sin intransigencia, dispuesto siempre á aceptar todo lo que se le probase de una manera concluyente.

Era hombre de regular fortuna y estaba casado con una castellana vieja, de la que tenía una hija, joven á la sazón de veintidós años.

Madre é hija eran, más que religiosas, beatas. Todas las predicaciones de don Nicomedes se habían estrellado siempre contra la fe de su esposa, que había educado en las mismas creencias á su niña.

Algunas veces echábamos en cara á nuestro amigo la mojigatería de su familia. Don Nicomedes le recurría entonces á su respeto á las ajenas ideas.

—Que crean lo que gusten—nos decía—. Mientras cumplan con sus deberes y me respeten, no me importa.

Y en verdad que, por lo demás, no tenía por qué quejarse de su esposa ni

de su hija, pues ni le molestaban ni dejaban de ser para con él solícitas y cariñosas.

—¡Ah!—le decíamos muchas veces—, va sabemos lo que le va á ocurrir cuando muera. No faltarán curas al lado de la cama. La de usted si que es conversión segura. No sólo por su mujer y su hija que son católicas á machamartillo, sino por los otros muchos parientes que tiene usted, también religiosos y fanáticos.

Don Nicomedes tenía sobre todo un primo que no salía de la iglesia, y que había contribuido poco á enardecer la religiosidad de las dos mujeres.

—No lo crean ustedes—contestaba á nuestros augurios el buen viejo—. No sé cómo andaré de la cabeza entonces; por poco claro que vea, yo les aseguro que no entrarán curas en mi alcoba.

\*\*\*

Supe un día que estaba don Nicomedes gravísimo. Corrí á su casa. La familia estaba en conclave.

—Creo que si—decía la esposa de don Nicomedes cuando entré en el gabinete—. Hemos conseguido tocarle en el corazón.

—Como se ve tan malito, le ha hecho impresión—murmuró la niña.

—Mí vale asustarse que perderse—replicó sentenciosamente el primo.

Entré en la alcoba. Don Nicomedes me reconoció en seguida.

—Esto se va—me dijo sonriendo con tristeza.

—No será tanto—le contesté aproximándome á la cama.

—Si, ya ves, ya quieren confesarme.

No contesté. La conversación de la familia me había puesto en autos.

—El caso es—continuó don Nicomedes como si tratara de disculparse—que la fe es algo que se pega. Porque no es, no, por el que dirán, es porque creen procurarme un beneficio.

—La fe...—murmuré yo por no saber qué decir.

—Sí, la fe—siguió don Nicomedes—. Madre é hija darían por lo que llaman salvarme, hasta la vida.

Quedó luego un momento pensativo.

En esto entró la esposa fingiendo cara de pascua. Miró á su esposo y luego me miró á mí, como si quisiese averiguar lo que habíamos hablado. Temía seguramente que yo fuese un peligro para la salvación de su esposo, y para evitarlo venía decidida á no dejarnos solos. Se sentó junto á la cama.

—¿Cómo le encuentra usted?—me preguntó—. ¿No es verdad que no tiene mala cara?

Antes que contestase entró el primo. Más sesuelto que ella, se dirigió desde luego al enfermo preguntándole:

—¿Qué? ¿Te has decidido?

El enfermo parecía ensimismado. No contestó. De pronto se oyó que decía:

—¡Oh!—como si hubiese recordado algo.

—Bien—volvió á decir el primo—, ¿te has decidido? Yo, francamente, contando con que eres razonable, he mandado avisar...

—Parece que corre prisa—exclamó don Nicomedes incorporándose.

—No—se apresuró á decir la esposa—. Ya sabes que éste es en eso exagerado.

Consideré prudente retirarme. Tomé la mano á la presunta viuda, y ella en seguida me dijo:

—A ti, ya vendrá usted á verle...

Pero don Nicomedes me cogió por el faldón de la levita, diciendo:

—Quédate. Has sido siempre un buen amigo mío. Y, por otra parte, si ahora no tengo el valor de mis actos, ¿para cuándo voy á dejarlo? Quédate; tú puedes saberlo todo.

El primo y la esposa me miraron con desconfianza.

—Llama á Clarita—dijo don Nicomedes á su esposa. Obedeció la orden—, sentaos todos—gritó, más que hijo, don Nicomedes.

No sentamos.

—Si, en efecto, un hombre razonable—continuó el enfermo—. Afortunadamente creo que conservo completas mis facultades. Ya sabeis todos, y tú más que nadie—añadió mirándonos—, que jamás me tuve por católico. De joven transigía con las fórmulas que no me fieran muy molestas. Cuando, ya maduro, reflexioné seriamente para fijar mis opiniones; hallé absurdos todos los dogmas religiosos. Así continué pensando. Pero no por eso he dejado ni dejo de respetar la ajena fe. Voy á morir; no me cabe la menor duda. El eterno problema está ahora en mí más apremiante que nunca. Esta es la prueba definitiva. Vale la pena de pensarlo nuevamente. He reflexionado, pues, con todo el detenimiento posible...

—¿Y has decidido?...—interrumpió el primo impaciente.

—He decidido que puede que tengais razón...

La familia respiró satisfecha. El primo me miró con el raballo del ojo.

—Si, puede que tengais razón—siguió el enfermo—; y no quiero exponerme á ser yo el que no la tenga. Realmente, la salvación es una vida que ha de ser eterna, es cosa que importa. Estoy, pues, decidido á seguir vuestro consejo, á confesarme, á reconciliarme con Dios, á quien tanto debo haber ofendido. Pero depende de vosotros que lo haga.

—Ya he mandado avisar al cura—dijo el primo.

—Si—agregó la esposa—, confiando en lo bueno que eres, lo hemos mandado llamar.

No sabía qué hacer. Don Nicomedes dejó pasar estas interrupciones, y luego agregó:

—Habéis ido quizá demasiado deprisa. Sabed que yo no juego con las



cosas serias. Me confieso, ó no me confieso; pero si me confieso, ha de ser de verdad, como se confiesan los que creen, como se confiesan los arrepentidos, los que quieren volver á la gracia de Dios.

—Es claro, es claro—interrumpieron todos.

—Necesito de vuestro consentimiento, pues creo un deber advertiroslo antes. Sabed que, de confesarme, debo restituir todo lo que poseo, porque todo es mal adquirido. La casa de Chamberí la gané en un pleito que seguí de mala fé; la de la calle de Peligros era de aquellos mejores de que fui tutor; las acciones del Benco las compré enajenando unas láminas de los Pósitos de Almagar de Abojo. Quedarán todavía, restituido todo, algunas deudas, pero Dios me las perdonará en gracia al dolor con que he de resignarme á morir desahogado en la miseria.

Yo bajé la cabeza como si quiera esconderme. Tan aterradoras eran las caras de las dos mujeres y del primo.

Sonaron dos golpecitos en la puerta. Los tres se levantaron como por resorte.

La puerta se entreabrió y un sacerdote asomó medio cuerpo.

La esposa de don Nicomedes, la hija y el primo, se lanzaron á él como tres fieras.

—¡Nó se puede entrar, no se puede entrar!—gritaron á coro—; y á empujones echaron al cara, sin que le valieran las protestas contra tamaña descortesía.

Todavía sonaban en el lejano pasillo voces de: «¡Fuera de aquí! ¡Esto es un atropello!», y otras tales, cuando oí en la alcoba una gran carcajada.

Era don Nicomedes, que se moría de su enfermedad y de... risa.

F. PI Y ARSUA

## Gerebro cerrado

Juzgándome desapasionadamente, acaso no resultara yo un hombre progresivo: tengo una porción de ideas fosilizadas en el cerebro desde que comencé á escribir. Y si el progreso no es renovación ¿qué es?

Entre esas ideas figuran las siguientes:

«El hombre político, militante en el campo que quiera, debe aspirar al bien colectivo, inspirando siempre sus actos en la justicia.»

«El que utiliza su influencia política para medrar, es siempre bajo una base de inmoralidad manifiesta: si es justo lo que pide, porque no debe cobrar el servicio; y si no lo es, porque no debe pedirlo.»

«Todo el que explota las ideas políticas no las profesa honradamente, como no ama á la mujer el hombre que le saca dinero. Son prostituciones gemelas.»

Con esas ideas y otras parecidas llené de joven el departamento político de mi cerebro, sin dejar espacio donde colocar las que más tarde adquiriese, y por esta torpeza, ó falta de previsión, me he encontrado luego sin saber donde almacenar otras, más nuevas, más prácticas, y por consiguiente, más aceptadas.

¡Oh jóvenes que comenzáis á vivir políticamente! Huid de imitarme. No le déis á ninguna idea, por justa que os parezca, sino albergue interino, y de echadla en cuanto surja otra que os permita elevaros ó enriqueceros. Todo lo fosilizado está muerto, y para vivir bien hay que conservar elásticos los músculos, desalquilado el corazón y abierto de par en par el cerebro, á fin de que entren y salgan libremente las ideas.

JOSE NAKENS

1913

## Las hijas de María

Era muy blanca María, y las mejillas tenía casi siempre ruborosas: su carita parecía bouquet de lirios y rosas.

¡Sus ojos!... ¡qué ojos, señor! negros cual la noche oscura, despedían el fulgor y la expresiva dulzura que á los ojos da el amor.

Ebúrneo cuello turgente, el pecho y el talle esbelto; sobre su espalda un torrente de ébano puro, luciente caía su cabello suelto.

Al verla no se podía más perfecciones pedir; y aquella beldad, un día profesó... Quiero decir, que se hizo Hija de María.

Y se dió con mucho afán al rezo y á la vigilia, y por el padre don Juan y el ladino sacristán olvidó casa y familia.

Aún el cielo no teñía con su luz blanca la aurora, y ya por la sacristía andaba la seductora y hermosísima María.

Y en no pocas ocasiones, después de las oraciones de la noche, con recato salía con precauciones, por las puertas del curato...

Aquellos ojos divinos vivos y ardientes, perdieron sus encantos peregrinos, y sus labios purpúreos ya nunca más sonrieron.

La invadió negra tristura, y el carmín y la blancura de su finísima tez cambiáronse con premura en cetrina palidez.

La Congregación decía: ¡Que vida tan ejemplar!

Pero, por fin, cierto día quizá de tanto rezar enferma cayó María.

Y la hermanita del cura, la joven Encarnación, decía con amargura:

—Se muere, ¡pobre criatura! ¡Tiene tal inflamación!

María gritaba: —¡me mueren! Y pidió el viático; pero doña Chona la curó con tan decidido esmero, que María se salvó.

Y poco después, un día el cura, contó delante de las Hijas de María, que habían exuesto un infante en la misma sacristía.

—Y manda la caridad, con unción santa les dijo, socorrerle en su orfandad; por el niño á Dios rogad, que yo lo adopto por hijo.

Y en efecto, lo adoptó; y aquel pimpollo creció entre mimos y ternura, y hubo alguien que le encontró parecido con el cura.

En lo que duda no había, era en que el chico tenía á los cinco años cabales, los ojos negros, é iguales á los ojos de María.

En ello ésta no repara, y en nada la mortifica ni le hace ocultar la cara. ¿Habría quién sospechara de tan religiosa chica?

—Hijo de María, quiero llamarme—decía el niño; y como era zalamero, así, al ver su afán sincero, le llamaban con cariño, menos la canalla impla que en maldecir tiene tino, pues al niño no decía hijo de María, «ino, el hijo de la María».

Mas la calumnia traidora no mengua su devoción, porque María es ahora presidenta ó superiora de la Santa Asociación.

JOSE DE LA G. RAMOS

## No soy reaccionario

La reacción tendrá muchos adeptos y decididos partidarios; pero nadie quiere que se le tenga por tal, y rechaza indignado el que se le aplique tal epíteto.

Es una cosa parecida á lo que sucede con el insinuo cruel para los animales; que nadie, por mal que los trate, quiere pasar por plaza de atormentador y verdugo de los seres irracionales.

La reacción tiene una malicia intrínseca que todos rechazan y de la cual nadie quiere aparecer contaminado, aun los mismos que con más fervor la sirven. «Yo soy religioso—di-



cen—, pero no clerical; soy creyente, pero no reaccionario.»

Pero eso se dice de dientes para afuera; porque la verdad es que hay gentes que, como el pez fuera del agua, no podrían vivir fuera del ambiente reaccionario. Y esto porque lo llevan dentro del alma, porque lo tienen infiltrado en el alma; amantes del pasado religioso con sus tiranías y despotismo, con sus hipócritas exterioridades, siempre en absoluto divorcio con todo lo que sea progresivo, con todo lo que tienda a manumitirse del dominio de una conciencia esclava, de un pensamiento á quien ya se le dan trazadas las normas y reglas por las que se ha de guiar y se le señala el modelo de cómo ha de discuirir.

Si nos fuéramos á guiar por lo que se dice, la reacción no existe ni ha existido jamás; son sueños y alucinaciones de los sectarios, de los enemigos de la religión. Y, sin embargo, no es posible moverse en ningún sector social sin tropezar con las afiladas y envenenadas puntas de la reacción que todo lo ha invadido, que todo lo ha envenenado, que ha querido, y casi siempre lo ha conseguido, ser la reina y señora de todos y de todo.

Jamás se ha dado por vencida, actuando unas veces de perseguidora, y otras representando el papel de víctima resignada. Cuando sus corrientes no circulan avaralladoras á la luz del día, buscan misteriosos y ocultos cauces. El objeto es estar siempre en función perenne de actividad, no cejar un momento en su lucha contra los amantes de la libertad y el progreso. Pero, eso sí, siempre rechazando el baldón del calificativo de *reacción*.

Obremos como los reaccionarios; pero no queremos que nos lo digan. Es una palabra odiosa de por sí. Rechacemos el calificativo, pero obremos conforme á su significado.

He aquí la táctica eterna de la reacción.

FRAY GERUNDIO

HACIA OTRA ESPAÑA

## NUMEROS

«Y lo más doloroso es que haya tantas tierras donde las tierras viven á sus anchas, y tantos hombres sin tierras que labrar.»

(De una carta del duque de Medina-Sidonia, 1623.)

—Con la reciente reforma agraria de Polonia ha desaparecido en toda Europa el régimen de las grandes propiedades incultas. En toda Europa menos en España, por supuesto. Aquí siguen los latifundios en manos de señores que ni los cultivan ni los dejan cultivar.

—Como el perro del hortelano. Ni comen la fruta ni la dejan comer. ¡Absurdo!

—Este régimen de tierras incultas,

ó insuficientemente cultivadas, representa, en los 50 millones de hectáreas que forman el territorio español, hacia 19 millones. Si esos 19 millones de hectáreas se explotasen debidamente, nuestra explotación excedería, en mucho, al consumo. Y en vez de pagar, como pagamos, más de 2.000 millones de pesetas al Extranjero por importaciones de toda clase, sería el Extranjero quien nos pagaría, por exportación, esos 2.000 millones y más.

—Pero, bueno, los latifundios, ¿de quién son?

—Pues, hijo, de un puñado de richachones que se reparten el país. En todas las provincias hay terratenientes feudales. Pero singularmente en Castilla (Salamanca, Paencia), Extremadura (Badajoz y Cáceres) y Andalucía (Córdoba, Sevilla y Cádiz) la concentración de la propiedad es fabulosa, indignante, increíble.

—¿De muchas hectáreas?

—Atiende. En Salamanca hay propietarios de mil, dos mil, tres mil hectáreas. Algunos pueblos pertenecen, casi por entero, á un solo hombre.

—Pero ¿es verdad?

—Tan de verdad. En Badajoz, el partido judicial de Alburquerque tiene veintinueve fincas que ocupan 38.000 hectáreas; el de Almodovar, nueve, con 7.000; el de Castuera, diez, con 14.000; el de Olivenza, siete, con 8.000; el de la capital, un predio, con 2.300; el de Don Benito, dos, con 4.000 cada uno; el de Fregenal, once, con 6.500; el de Mérida, once, con 23.000.

—Y todos esos latifundios, ¿sin cultivo?

—Dedicados á cotos de caza, ó simplemente abandonados, eriales. ¿Y Cáceres? Partido de Alentejo, veintitrés fincas, sumando 35.000 hectáreas; partido de la capital, setenta y dos, con 65.000; de Coria, dieciséis, con 20.000; de Guevillas, cincuenta y dos, con 60.000; de Logroño, sesenta y seis, con 97.000. Es decir, que el promedio de extensión por finca asciende á 1.500 hectáreas. ¡Pero como hay quien tiene dos, tres y hasta diez fincas...

—¡Señores! Y la gente emigrando por carecer de tierras.

—Pues, anda, que en Sevilla... En el término de El Pedroso, cuya extensión total es de 31.000 hectáreas, un solo propietario posee 15.000.

—¡Quince mil hectáreas un solo hombre! ¡Y para tenerlas incultas! ¡El delirio!

—Pues por si fuera poco, el mismo propietario es dueño, en término de Almadén de la Plata, de otras 5.000, y en Alcázar, de otras 21.000. De modo que un solo individuo posee en su poder, incultas, más de 41.000 hectáreas. ¿Sabes cuántas familias podrían vivir bien cultivando esas 41.000 hectáreas, á cinco por familia? ¡Ocho mil doscientas familias!

—Pero, oye, oye... Estos datos, ¿son oficiales?

—Del Catastro. Conque tú verás.

Como éstos: De las 68.000 hectáreas que integran el término de Utrera, 54.000 pertenecen á treinta señores. La tercera parte del término de Fuentes (unas 3.000 hectáreas) es de un solo richacho, el cual tiene, además, en término de Estepa, 5.000, y en el de Herrera, 4.000. Unas 12.000 para él solo... ¡Pobres!

—Y ¿qué hace ese hombre? ¿Dónde vive? ¿En qué piensa?

—¡Ah! No sé. La mayoría de nuestros latifundistas, duques, condes, marqueses, se pasan la existencia en París, en Londres, en Niza, en Saint Moritz, en todas partes, menos en España, naturalmente: juegan, cazan, bailan, eramoran, se can la vida padre, y cuando ascan por aquí, de paso, por sólo unos días, vienen para coger dinero y largarse otra vez. Y ahí te quedas, nando ansigo.

—Y en qué y por qué son españoles, ¿quieres decirme? ¡Van es, hombre!... Te aseguro que... Pero ¿es posible que todo esto continúe?

—Calm. Y llegará... Ya llegará... Escucha, que ro hemos acabado. El término de la Puebla, junto á Coria, abarca 48.000 hectáreas. Buena, pues sólo un señor es dueño de 125.000. En el de La Rinconera y otros términos colindantes, otro señor dispone, para él solo, de 30.000 hectáreas. ¡Quiéte!... En el término de Jerez, veintitrés propietarios suman 50.000 hectáreas. Y allá van los últimos números...

—Sí, hombre. Que sean los últimos, porque estoy pasando un berinche. Vergar...

—La provincia de Sevilla tiene 1.400.000 hectáreas. Fue ¡hay 54.000 sin cultivar. Aguarda... La de Córdoba, con 1.300.000, tiene 142.000 incultas... Espera... La de Cádiz, con 690.000, deja eriales 300.000; casi la mitad de la provincia.

—Es decir, que mientras hay señor que tiene incultas, en una sola finca, 25.000 hectáreas, miles y miles de familias, que podrían vivir labrándolas honrosamente, han de abandonar su país.

—Y mientras el latifundista, en su palacio de Sevilla, de Madrid ó de Londres—los hay que tienen cuatro palacios en tres y en cuatro capitales—se regodea planteando sus cacerías, sus juergas ó sus juegos de azar, ejércitos de campesinos, con sus mujeres héticas y sus hijos descalzos, piden limosna, bajo un sol de fertilidad, en campos que podrían ser vergeles...

CRISTÓBAL DE CASTRO

La Libertad.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Perez-Pasaje de Valdeclilla, 2.